

Retorno en la Universidad

E

n nuestro país, el otoño trae, entre otros frutos, el retorno de miles de personas a las aulas. Unos a aprender, otros a enseñar, todos entran al cabo en una rueda que parece girar siempre en el mismo punto, aunque nunca cesa de moverse.

esión. Hay mucho en la tarea de la academia que

y que parece, por eso, que han de durar para siempre.

Por debajo de los contenidos, está la actividad y las formas de la vida dedicada al saber. Hay, en este pequeño mundo, muchas cosas que evocan al personaje cuya experiencia Azorín compendia en una frase: "vivir es ver volver". Tal vez los escolares no llevan ya los hábitos que portaban los medievales, ni nuestras instituciones, bibliotecas, laboratorios, se asemejan a los de las universidades renacentistas. Pero cada día, la habitualidad se introduce para hacernos ver cada momento como una cierta reproducción de lo ya vivido, de lo ya visto.

**HELIO
CARPINTERO***

«Sobre esta imagen del movimiento circular del espíritu habría mucho que decir ahora, precisamente cuando todas las universidades españolas están comenzando a hacer de veras la experiencia de un cambio de planes, que se gestó en los pasados años y empieza ya a dar sus frutos tempranos.»

*Catedrático de Historia de la Psicología. Universidad Complutense de Madrid.

Nadie hoy podría decir que repetimos lo de ayer. No hace mucho tiempo visité en el teatro anatómico de Padua, prodigio de arquitectura aplicada a la docencia, con sus galerías concéntricas en torno al espacio donde se realizaba la disección magistral. La sala tiene, bajo su mesa central, una trampilla por donde los miembros dispersos del cadáver podían, llegado el caso, ir a parar a una corriente de agua y desaparecer sin dejar huella, para evitar así la temida persecución de una justicia celosa con la integridad de los muertos. Hoy eso es todo historia, y nuestro saber de anatomía llega hoy a ser una anatomía de los cromosomas. Más aún, los programas de investigación y los métodos más sofisticados para saber están hoy al alcance de la mano en las autopistas de información a que acceden nuestros ordenadores, y en las que a veces entran más cómodamente los jóvenes estudiantes que los sesudos profesores.

Pero es verdad que, con sus ritos de iniciación, con el universal medio del pizarrón y la tiza, parece que nuestras aulas dicen lo que el maestro Fray Luis de León: ¡decíamos ayer...!

Sobre esta imagen del movimiento circular del espíritu habría mucho que decir ahora, precisamente cuando todas las universidades españolas están comenzando a hacer de veras la experiencia de un cambio de planes, que se gestó en los pasados años y empieza ya a dar sus frutos tempranos.

Tal vez este tema no haga estremecer a periódicos y tertulias. Es, sin embargo, gravísimo.

La formación de nuestros profesionales tiene su lugar, mayoritariamente en las universidades. De la perfección de su funcionamiento depende, en último extremo, la futura competencia de los distintos grupos sociales, es decir, de los protagonistas de los acontecimientos de los próximos veinte o treinta años.

La acción universitaria tiene múltiples condicionantes: la formación de su profesorado, la inserción mayor o menor en los círculos internacionales que promueven la investigación y difunden la información, los recursos materiales y económicos de que se dispone, la estimación social que despierta, y un sinnúmero de pequeños factores que se refieren a la efectiva aplicación de los grandes principios reguladores; pero entre todos estos factores ocupa un lugar no pequeño el diseño de carrera, el perfil de los saberes que se consideran adecuados para obtener cada una de las titulaciones que la universidad da.

«Por lo general los planes, desde que los hacen las facultades y las universidades, se hacen a semejanza de los grupos más poderosos, y al objeto de conservar e incrementar su poder.»



En los años pasados, la universidad vivió enfrascada en la elaboración de nuevos planes de estudio para así rediseñar el perfil de los conocimientos que habrían de salir poseyendo nuestros licenciados del próximo siglo.

Los planes de estudio, para quienes aún no lo sepan, son la más alta ocasión para pelear por el poder y la influencia en la institución académica, aunque sin duda puedan también servir para alguna otra cosa.

Circula la pequeña historia de una facultad donde se debatía un nuevo plan de estudios. Un profesor, cuya materia había sido ya colocada como obligatoria en el primer curso, se ausentó un rato de la sala. A su regreso descubrió por azar que en el breve intervalo su asignatura de primer curso había viajado al quinto, y de obligatoria se había vuelto optativa. En suma, su papel docente se había devaluado estrepitosamente en unos instantes. La cuestión, claro, no afectaba al último fondo de la materia en disputa, ni a su utilidad en aquella formación, sino a la más limitada y burocrática, pero importantísima, de qué profesores iban o no a dominar el nuevo plan, a poder nombrar nuevos colaboradores, a tener más peso en las juntas, más metros cuadrados en los edificios, vender más textos, o influir en mayor número de alumnos.

Por lo general los planes, desde que los hacen las facultades y las universidades, se hacen a semejanza de los grupos más poderosos, y al objeto de conservar e incrementar su poder. Cuando ello no es así, entonces la fórmula es la de la división por igual—lo más igual posible—entre los intervinientes en el juego. Al final, el licenciado que sale de las aulas resulta que no se ajusta primariamente a las demandas sociales, sino al resultado de las tensiones gremialistas de quienes se encargaron de formarlos.

Hoy circula ya entre el mundo de las universidades una primera evaluación, poco formalizada, que han ido haciendo las distintas facultades, y que tiene sin embargo preocupados a todos los espíritus responsables.

Se habla, por ejemplo, de que se han desmenuzado los estudios en "unidades docentes demasiado pequeñas"; se han multiplicado incontablemente las asignaturas que se pueden elegir, y que se han de impartir, y hay facultades que han tenido que "alquilar pisos para dar clases", y que piensan en "el alquiler de cines o teatros" con objeto de albergar los muchísimos cursos que se superponen en el tiempo. (Recuerde el lector que en innumerables centros, de todas nuestras

«Al final, el licenciado que sale de las aulas resulta que no se ajusta primariamente a las demandas sociales, sino al resultado de las tensiones gremialistas de quienes se



autonomías, apenas hay clases en viernes, ninguna en sábado, por lo que todo coincide entre martes y jueves de las semanas que van de octubre a mayo: más de un tercio del tiempo, los edificios, casi todos recién construidos, permanecen silenciosos y vacíos). Y al mismo tiempo, con lógica forzosidad, se extiende el "numeras clausus" a prácticamente todas las licenciaturas...

Hay centros en que los estudiantes se matriculan de hasta veinte asignaturas —pequeñas muchas de ellas, breves, pero distintas, con programas propios, con actas propias, con aulas propias— que introduce un caos en la matriculación a que difícilmente hacen frente los grandes ordenadores. Muchos estudiantes —que, por cierto, están obligados a cursar segundas, terceras o enésimas opciones, para las que seguramente tienen sólo una vocación residual— ahora pueden estudiar asignaturas de otras carreras: pero resulta que tienen que sufrir desplazamientos sin cuento, realizar ajustes de horario consultando sus planes como si fueran una guía de trenes, y entonces... entonces se acercan mansamente al profesor y le ruegan que señale un libro y un programa, para así volverlo a encontrar el día del examen en el lugar y hora que les fije.

Los nuevos planes españoles querían acortar la estancia de los estudiantes en las aulas, y lanzarlos antes a la vida activa. Ahora, con asignaturas que duran un cuatrimestre y compendian lo que antes era objeto de tratamiento durante ocho meses, con materias que se excluyen físicamente por razón de espacio y tiempo, empieza a verse aumentar el fracaso escolar, incluso el abandono, y a la vez van aprendiendo los estudiantes a matricularse de menos asignaturas, alargándose así la vida académica de la mayoría. Los más activos y despiertos habrán luego de conseguir algún título "master", diploma o certificado, lo que prolongará un par de años más su formación. Al tiempo se admite sin empacho un promedio de siete u ocho años de estudio en las carreras técnicas superiores.

En fin, hay que contar con un alto nivel de abandono en todas las facultades.

(Y mientras tanto, se lee en la prensa la noticia de que en Estados Unidos se tiende ahora a promover estudios de tres años de duración, que abaraten costos hoy insoportables, algo de lo que parecemos no habernos enterado todavía).

Al tiempo que florecieron los últimos planes se aceptó como inevitable que las facultades dejaran abierta la formación de sus estudiantes, y que éstos fueran a buscar su última madurez en cursos "master" y especializaciones de varia eficacia. Ahora, estos cursos se

«Hoy circula ya entre el mundo de las universidades una primera evaluación, poco formalizada, que han ido haciendo las distintas facultades, y que tiene sin embargo preocupados a todos los espíritus



han colocado en los niveles económicos de muy alto formato, y así, silenciosamente, se ha acabado con el sueño de la universidad barata y democrática al requerirse un complemento caro, duro, exigente, demandante, cuya eficacia última está todavía por probar.

Corren voces de que, aunque todo en octubre parece ser, simplemente, un "volver a empezar" en las aulas, desde el bachillerato a los más sofisticados cursos de posgrado, todo está en crisis —esto es, sometido a juicio, puesto a examen, vacilante, pendiente de última decisión—. Los profesores, mientras tanto, van poniendo buena cara al tiempo que se viene encima; los estudiantes siguen matriculándose como si nada porque, ¿qué podrían hacer sino adaptarse a lo que se les ofrece?; parece que no pasa nada. ¿Pero cuál va a ser el nivel de cualificación de esta sociedad en cuanto pasemos el año 2000? ¿Estando retornando, en el fondo, a la formación autodidacta? ¿Habremos de sustituir la universidad por una red telemática a la que cada uno se conecte según sus deseos y aspiraciones? Esperando lo sabremos, pero tal vez aquel día será el momento en que ya no podamos hacer nada por cambiar la situación.

«¿Pero cuál va a ser el nivel de cualificación de esta sociedad en cuanto pasemos el año 2000? ¿Estando retornando, en el fondo, a la formación autodidacta? ¿Habremos de sustituir la universidad por una red telemática a la que cada uno se conecte según sus deseos y aspiraciones? Esperando lo sabremos, pero tal vez aquel día será el momento en que ya no podamos hacer nada

